

Los Hermanos de Nilith

El joven elfo se asomó a la ventana de su palacio y miró hacia el horizonte, donde la eterna arena se confundía con el cielo, azul y radiante. Bajo sus pies, la falda de la árida montaña descendía hasta hundirse donde comenzaba el inmenso desierto. A lo lejos, pudo ver a un grupo de aves negras, parecían estar atacándose... No les prestó atención, y volvió la mirada al infinito desierto.- El Desierto de Perittia, alguna vez será todo mío...- Calló al escuchar cómo lloraba su amada, aun sobre su lecho. Se giró y andó hacia ella hasta sentarse a su lado.- Mi bonita Lucinea, no derroches tus lamentos ahora, pues lo que asoma por esta ventana, serán nuestras tierras algún día. Muy lejos de aquí nos aposentaremos, y criaremos a nuestra familia... Dicen que allá, en algún lugar, corre un río que alimenta a una tierra fértil. Nosotros la encontraremos, allá donde esté esperándonos. Ha sido el legado que nuestro padre nos ha dejado, y será allí donde nos marcharemos con honor.- Ella hizo un ademán de hablar, pero la hizo callar con un dedo sobre sus labios.- No digas que es un exilio. No lo es, porque no nos marchamos de casa, nos dirigimos a casa...- Y tras un corto silencio, sonrió. Ella, al sentir su rostro tan cerca, también. El joven se acercó y le besó la frente, después se levantó y caminó hasta su ropero, donde se vistió con un elegante traje.- Mi amor, espérame aquí, estarás segura, no temas. La reunión será breve, seguramente después vamos a ver cómo está el ejército. Pero descuida, esta noche estaré de vuelta. Prometido.- Ella sonrió entre las sábanas, a la vez que se tapaba por vergüenza las piernas. Él la miró ya desde el mismo umbral de la puerta, el último vistazo antes de marcharse: La vio tan bonita, sonrojada y con las lágrimas cayéndole por el rostro... Y se marchó.

Corrió escaleras abajo, y recorrió largos pasillos y varias cámaras, hasta llegar hasta un gran salón donde una multitud le esperaba. Su padre presidía el lugar, sentado en un trono negro con un hermosísimo relieve tallado. Junto a él, su madre con dos de sus hermanas menores, Aloia y Ulada, y al otro lado, su hermano, Ölair. Cuando el joven elfo entró en el gran salón, los súbditos formaron un pasillo, dejándole frente a su familia. Él quedó parado, quieto ante la visión, y se encogió de hombros.

- Espero que tengas una excusa para el desprecio que le has hecho a esta asamblea.- La voz de su padre sonó áspera, incluso irritante.

- Sí, padre.- Y comenzó a andar con desdén hacia ellos.- Vengo de festejar por cuánto vamos a ampliar los bordes de vuestro reino.- Llegó hasta

ponerse frente a ellos, se agachó ante Ulada, que tan sólo tenía cinco años, y le besó en la mejilla. Al incorporarse, le revolvió el pelo a Aloia, y ésta se enfurruñó molesta.- Padre, esta mañana vuestro reino amanece la mitad de grande de lo que será cuando anochezca... Con vuestra decisión, tan sólo aprehendida por vuestra sabiduría, conseguiréis a todo Ûlathar bajo vuestra soberanía.

- No corras, muchacho, me temo que llegas tarde al fallo.- Fue su madre la que lo dijo, sin ningún tipo de escrúpulo.- Será tu hermano mayor, Ölair, quien parta hacia Perittia adentrándose en los desierto del norte.

Le cambió el rostro, hasta él sintió sus músculos torcerse en una expresión fría de rabia.- Bien, padre, así habéis decidido, será Ölair quien conquiste para vos Perittia. ¿Y que destino en la contienda me queda a mí, su hermano menor?- Escupió las últimas palabras casi sin querer.

- Sobre tí, mi hijo menor,- La voz de su madre sonó con ríntintín.- ha caído el mayor de los honores, quedarás al frente de la protección de Nilith, y serás quien sustente las murallas que protegen a tu padre, aquí en tu hogar,- A punto estuvo de callar, pero no pudo evitarlo.- con tu familia...

Él sonrió irónico.- La sabiduría de vuestra decisión será quien guíe mi camino.- Comenzó una reverencia.- Padre, disculparéis a vuestro hijo menor, pero no me siento bien, debo haber comido algo en mal estado. Aun indispuerto, os honrare con la carga de aguardar en Nilith y evadiros de todo peligro.- Terminó la reverencia y se marchó por donde había venido. A medio pasillo, entre los muros de gentío, la voz de su madre le hizo detenerse en seco.

- Ahelaz, ¿sabes dónde puede estar tu hermana en este momento?

Tras susurrar una maldición, contestó como pudo.- Está... Estará en sus aposentos, no tengo la menor idea.- Todo quedó en silencio, y éste, para evitar más conversación, salió del gran salón rápidamente.

Ando de vuelta, recorriendo lagos pasillos y varias cámaras, hasta desviarse del camino antes recorrido, esta vez continuó bajando escaleras, hasta que llegó a un subterráneo húmedo y sombrío donde varios hombres le esperaban alrededor de una mesa. Cuando llegó, poco menos que le hicieron el mismo pasillo que los anteriores, sólo que éstos no eran más de una docena.

- ¿Qué ha sido?- Dijo uno.

- Ha sido. Teníais razón los que pensabais que sería yo quien reinará en Perittia...- Todos permanecían callados.- Hemos de partir y adentrarnos en el árido desierto que no sabemos donde acaba, pero con nosotros hemos de llevar a cuantos hombres nos sigan, pues a cruentas guerras nos enfrentaremos.

- Partimos a la guerra...- Alguno de ellos soltó un susurro, apretando la empuñadura de su espada, colgada al cinto.


- Sí, teníais razón. Perittia será para Ölair. Así que no nos dejan opción.- Quedaron todos callados un momento.

- Mi señor, Ahelaz, los ejércitos aguardan a las afueras de la ciudad, si nos movemos cautos, pero veloces, ganaremos más que tiempo: la sorpresa.

- Sí, partamos. Démonos prisa, he de estar de vuelta al anochecer, y mañana con las primeras luces, de camino a Perittia..

Los Hermanos de Nilith

Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2005

www.modt.net